

Kevin y Yago



Francisco López Pérez

Ilustraciones: Miguel Ángel Márquez

**ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
Alcalá de Guadaíra 2015**

**COLECCIÓN DE CUENTOS NAVIDEÑOS
DE LA
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
DE
ALCALÁ DE GUADAÍRA**

- | | |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| I (1997)
La princesa del lunar
Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar
Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo | X (2006)
El caballo de madera
Texto: José Antonio Mallado Rodríguez
Ilustraciones: Celestino Boge Rangel |
| II (1998)
Germán, el pequeño mago
Texto: Ignacio de Loyola Ríos Cañavate
Ilustraciones: José Martínez Recacha | XI (2007)
El caramelo olvidado
Texto: Francisco Mantecón Campos
Ilustraciones: Francisco Mantecón Campos |
| III (1999)
Las historias del abuelo
Texto: Francisco García Rivero
Ilustraciones: Francisco Barranco García | XII (2008)
Cuatro cartas
Texto: José Corzo Frieyro
Ilustraciones: Jorge Rico Morales |
| IV (2000)
Juan el cascarrabias
Texto: José Antonio Francés González
Ilustraciones: Francisco J. García Jiménez | XIII (2009)
De Oca en Oca
Texto: Vicente Romero Muñoz
Ilustraciones: Vicente e Ignacio Ríos Romero |
| V (2001)
El país de los juguetes
Texto: Alberto Mallado Expósito
Ilustraciones: M ^a Luisa Araújo Florindo | XIV (2010)
Un Amigo Especial
Texto: Ángel Gutiérrez Olivero
Ilustraciones: Beatriz Rivas Blanco |
| VI (2002)
El Dragón y los Reyes Magos
Texto: José Manuel Campos Díaz
Ilustraciones: Javier Hermida Ruíz | XV (2011)
Pablo y los Reyes atrapados en el tiempo
Texto: Luis Alfonso García Inurria
Ilustraciones: Javier García Jiménez |
| VII (2003)
Rachid y la Princesa encantada
Texto: Javier Caraballo
Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez | XVI (2012)
La niña de los colores
Texto: José María Rubio Rubio
Ilustraciones: Elisa Rubio Méndez |
| VIII (2004)
Mateo y la Banda del Alpechín
Texto: Isidro Maya Jariego
Ilustraciones: Xopi | XVII (2013)
Campamento de estrellas
Texto: Esaú Pérez Jiménez
Ilustraciones: José Manuel Terrón Gómez |
| IX (2005)
Aquellos niños del río
Texto: Olga Duarte Piña
Ilustraciones: Rafael Luna | XVIII (2014)
Hugo y el misterio de las dos mamás
Texto: Juan Francisco Huertas Carretero
Ilustraciones: Alumnos del Colegio Salesiano de Alcalá |



La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra, institución decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños y niñas alcalareños. Estamos convencidos de que, a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No podemos olvidar nunca que la cultura y la educación hacen a las personas más libres.



*Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños y niñas alcala​re​ños
por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos
de Alcalá de Guadaíra*

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra

© Texto: Francisco López Pérez

© Ilustraciones: Miguel Ángel Márquez

Depósito Legal: SE-8592-2011

Diseño e impresión: **YOURPRINT**
Parque Sevilla Industrial (PARSI), C/. Parsi 6, 38-40
41016 Sevilla
Tel.: 955 124 833
Tienda online: www.imprentaonline24.es

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo de los autores.

EN EL PARQUE

Aquel cuatro de enero había amanecido frío, como es propio en esa época del año pero, aún así, gracias a la ausencia de nubes, al solito y al respaldo del aire se estaba en la gloria.

Kevin y su padre se abrigaron bien y se fueron de paseo a Los Pinos. La madre, aprovechando la ocasión, se sentó a terminar el traje que el pequeño vestiría al día siguiente en la Cabalgata.

Nada más llegar al parque, el chaval se soltó de la mano del padre y corrió para unirse cuanto antes al grupo de los que metían más jaleo. Era un niño muy alegre y dinámico. Eso no impedía que en ocasiones diera inequívocas muestras de ensimismamiento aunque, gracias a sus extraordinarias habilidades sociales, solían pasar desapercibidas.

Los compañeros de clase se disputaban constantemente su compañía: todos querían ser amigo suyo y tenerlo en su equipo de fútbol.



Antes de que el sol se escondiera tras la copa del pino más frondoso, el padre de Kevin decidió volver a casa. Le extrañó bastante que el pequeño no protestase y, más todavía, que diera a entender que ya lo estaba esperando desde hacía un rato. El buen hombre pensó que su hijo tendría que estar rendido después de tanto ejercicio, pero de seguida comprobó que a penas si daba muestras de cansancio.

Por el camino, Kevin mantuvo con su padre una animada conversación. Se cuestionaba cómo podrían los Reyes Magos recorrer la Tierra de cabo a rabo en una sola noche.

El padre escuchaba en silencio esperando que el niño fuera capaz de encontrar por sí mismo una respuesta válida a lo que en un primer momento le resultara inverosímil, y así fue:

- ¡Claro, papá! –exclamó jubiloso por el hallazgo-. Ya lo sé. Eso es posible porque para algo los Reyes son también magos ¿A que sí?





- Muy bien pensado, Kevin – respondió el padre.

Cambiando repentinamente el tema de conversación, el chiquillo hizo una inesperada sugerencia:

- Papá, por fa... ¿A que de camino vamos a entrar en casa del abuelo?, ¿a que sí?

El padre volvió a guardar silencio por no tener un no convincente a manos. Y Kevin, que tenía muy claro su objetivo, aprovechando el momento de indecisión, le hizo responder lo que esperaba escuchar:

- Papá ¡Cómo hoy nos pasemos de largo... mañana me chivo al abuelo y a la abuela!

- ¡Vaaale! –respondió el padre, que conocía perfectamente al listillo de su hijo-. Pero cuando yo diga vámonos –le propuso con autoridad-, no te pongas pesado, porque si llegamos muy tarde a casa, mamá, con toda la razón del mundo, nos echará la bronca a los dos.

- ¡Hecho, papá! –respondió el pequeño.

Por su gusto, Kevin habría dejado el parque mucho antes, puesto que, lo que le apetecía verdaderamente aquella tarde, era pasar un rato con su amigo imaginario en el patio-jardín del abuelo, que era su refugio perfecto en situaciones de tensión como la que estaba viviendo en aquellos momentos.

Por extraño que parezca, este niño tan sociable, aparentemente extrovertido, también buscaba espacios de reposo para estar a solas con sus fantasías porque, en palabras del abuelo, le gustaba mucho rumiar tranquilamente sus pensamientos y bucear sin prisas en las remansadas aguas de sus emociones.

Kevin llevaba siempre consigo un viejo soldadito articulado, de plástico duro, al que apreciaba más por las circunstancias en que había llegado a él, que por su valor real.

Desde el primer momento, Yago, el soldadito con nombre propio, se convirtió en el juguete preferido de Kevin, a pesar de haber perdido hacía tiempo el brillo y la prestancia de los juguetes nuevos.





Según lo que contaba el abuelo y lo que el propio Kevin había descubierto en el patio-jardín, Yago, antes de caer en sus manos, habría tenido que pasar por una complicada existencia.

El soldadito llegó por primera vez a casa del abuelo, el año que los Reyes Magos se lo trajeron al padre de Kevin como complemento de un castillo medieval.

Mientras Yago perteneció a los hijos del abuelo, estuvo obligado a vivir en un estado de alarma constante, yendo de sobresalto en sobresalto pues, por menos de nada, podía terminar ahorcado o quemado en la hoguera.

Con Kevin sería muy diferente. Estuvieran donde estuviesen, Yago siempre iba a su lado o en su bolsillo, pero donde el niño lo llevaba constantemente era en su pensamiento.

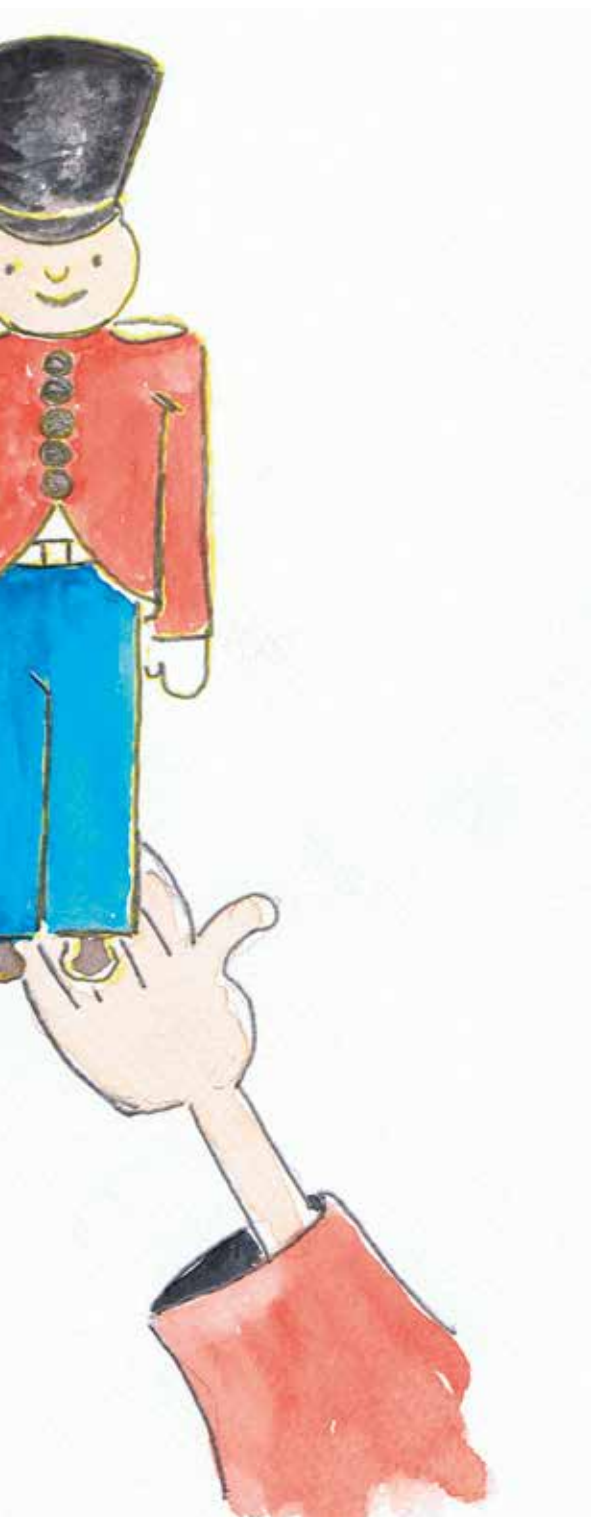
Muy pronto descubrió el pequeño el deseo insatisfecho que tenía el soldadito desde el día que lo compraron: convertirse en amigo

inseparable de su dueño, cosa que Kevin logró satisfacer mucho más allá de lo deseado por su amigo.

Tanto es así que, aquella misma tarde, en el parque, el padre tuvo la seguridad de que su hijo se estaba divirtiendo de lo lindo con los amigos que encontró en Los Pinos. Y hasta cierto punto era verdad, pero sin perder de vista que el pequeño había aceptado gustosamente la propuesta de salir de casa con una clarísima intención: jugar con Yago.

Le encantaba compartir el mundo real con su amigo imaginario. Sin darse cuenta, este juego apasionante lo preparó para adelantar a sus compañeros de clase en la práctica del diálogo consigo mismo y con los demás, razón por la que su compañía estaba siempre tan solicitada.





II

EN CASA DEL ABUELO

Kevin se imaginaba las callejuelas que conducían a casa de los abuelos como un laberinto mágico, en cuyo centro se hallaba el patio-jardín donde le encantaba perderse. Llegaron a la puerta en el momento en que el abuelo la abría para ir a tirar la basura antes de que anocheciera.

- Hola, abuelo – exclamó Kevin mientras se colgaba de su cuello para darle un beso.
- Hola, granujilla – le respondió el abuelo, sorprendido porque ya no lo esperaba tan tarde.
- ¿Qué pasa, papá? Aquí te traigo a este charrán, que sabe más que los ratones coloraos –dijo el padre esbozando una sonrisa de complicidad en los labios.

- Pasad, pasad, luego iré a tirar esto. Pensé que ya no vendrías hoy. ¡Os imaginaba atareados con los preparativos de los Reyes!, como os ocurre todos los años.

El patio-jardín del abuelo se había convertido para Kevin en un pequeño mundo fantástico, a partir del día que, inesperadamente, apareció Yago enterrado en una de las monumentales tumbas de reyes.

Desde entonces, el pequeño de la casa disfrutaba muchísimo hablando con su abuelo y haciéndole preguntas constantemente. En su compañía se le pasaban las horas volando.

- Abuelo, mira...
- ¿Qué quieres ahora, Kevin...?
- Y estos ladrillitos tan chicos y tan viejos... ¿dónde los compraste?
- No los compré en ningún sitio.
- ¿Entonces quién te los dio?





- Tu padre, tu tío y yo los traíamos a casa cuando salíamos al Palmar y a Las Majadillas.
- ¿Qué hacían allí?
- Ahora andan rodando por el campo, pero antiguamente los romanos los ponían en los suelos de sus casas.
- ¿Ustedes para qué los querían?
- Hombre, depende...: Yo los sigo utilizando en el nacimiento; tu padre, aquí en el patio, formaba con ellos sus reinos y construía las tumbas reales; a tu tío le encantaba levantar lo que él llamaba pomposamente imperios.
- ¡Qué guay!

El cansancio que mostraba el abuelo ante los interminables interrogatorios del nieto, era sólo aparente. En el fondo estaba deseando que Kevin se interesara por aquellas cosas inservibles que él había acarreado con tanta ilusión. La abuela, por el contrario, siempre se quejaba de que

el niño en realidad no iba a verla a ella, sino a pasarse las horas muertas con el abuelo en el patio.

Casi cuatro décadas había necesitado el abuelo para convertir la trasera de su casa en patio ajardinado. Armándose de paciencia y con la precisión de quien completa un puzzle, fue dándole formas caprichosas al jardincillo con materiales de acarreo.

Lo mejor de todo llegó cuando sus dos hijos descubrieron en el patio un espacio de juego ideal. Cada seis de enero resultaba evidente lo que los dos hermanos encontraban en el pequeño mundo creado por el abuelo. Ese día, el padre y el tío de Kevin, como todos los niños, se levantaban buscando con ilusión los regalos de los Reyes y se iban con ellos derechos al patio. No los destrozaban, sino que los descomponían en sus elementos más simples, para integrarlos con los demás juguetes, la tierra, las piedras, los tiestos y las plantas, hasta crear una atmósfera envolvente, en la que respiraban como peces en el agua.

Estos dos hermanos no tenían que recoger, puesto que el juego no terminaba nunca. Cada día todo quedaba como paralizado hasta el siguiente. Cuando en verano, al caer





la tarde, el abuelo regaba las flores, iba descubriendo las escenas más insospechadas: desfiles, torneos, frentes de guerra, ejecuciones....

En aquel mundo imaginario que con frecuencia evocaba el siglo XV, durante el reinado de los Reyes Católicos, la aplicación de la justicia seguía siendo muy estricta. A nadie extrañaban las condenas a morir en la horca o quemado en la hoguera.

Con el paso del tiempo, los restos de los juegos infantiles sin final, quedaron enterrados en los arriates. Esa era la razón principal por la que Kevin se aficionó a dar vueltas alrededor del abuelo como un moscardón. No se movía de su lado mientras este anduviese removiendo la tierra.

Cada pequeño hallazgo daba pie a que el abuelo contara a su nieto, siempre ávido de saber, una de aquellas historias que al estimularle la imaginación, lo dejaban con la boca abierta.

La abuela, nada más oírlos hablar en la puerta con el abuelo, se fue derechita a la cocina a preparar la merienda, para que no se excusaran

con que tenían prisa. Cuando Kevin y su padre se acercaron a saludarla ya estaba la mesa puesta y la cafetera silbando al fuego.

Mientras los mayores tomaban café, Kevin pudo hacer lo que había estado deseando toda la tarde: pasar un rato en el patio a solas con Yago. Estaba tan en lo suyo, que no le distraía el pío-pío ensordecedor de los gorriónes en la copa del níspero, disputándose acaloradamente los mejores sitios para pasar la noche.

Kevin, sentado sobre una piedra, por fin tuvo ocasión de contarle a su amigo la razón de su nerviosismo a pesar de estar en vacaciones:

- Yago, mañana en la Cabalgata de los Reyes yo iré en una de las carroza vestido igualito que tú, ¿te das cuenta?
- Es demasiado –le respondió Yago-. Viéndote a ti, yo me sentiré completamente vivo. Nunca imaginé que pudiera ocurrirme algo parecido.





- Eso mismito pienso yo, pero al contrario – concluyó Kevin.

Yago, estimulado por los sentimientos de su amigo, empezó a contarle a Kevin la apasionante aventura que vivió mucho tiempo atrás, en la misma piedra en que ahora estaban sentados, cuando allí se levantaba San Benito, la ciudad mejor defendida:

- Fue el día que tu padre me dio el papel de rey de Aragón, el más importante de mi vida antes de que surgiera nuestra amistad. En aquella ocasión la jugada se inició con un asalto por sorpresa del ejército de Aragón a la ciudad de S. Benito. Las imponentes murallas, el infranqueable foso seco y los valientes soldados, no pudieron resistir los embates de las máquinas de guerra aragonesas

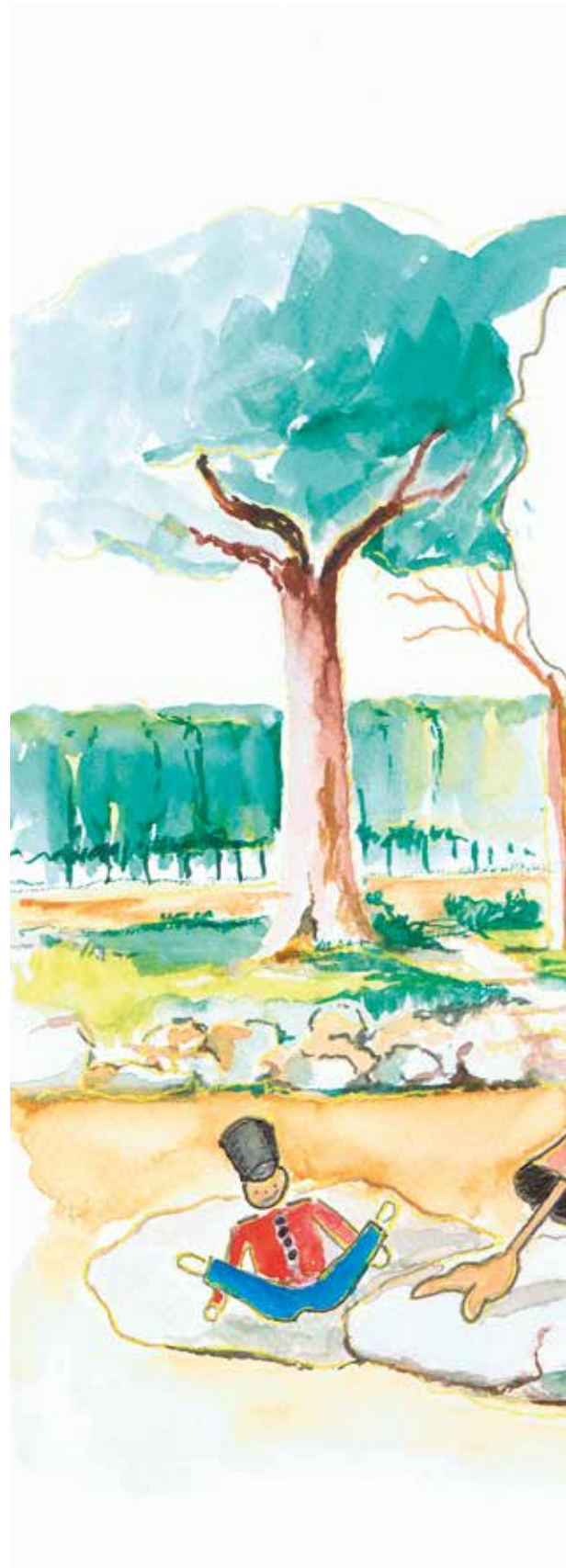
La atención con la que le escuchaba Kevin, animó a Yago a detenerse en detalles:

- Kevin, tu padre decidió probar una artillería de última hora, que se acababa de inventar reuniendo algunos desechos inservibles

para formar los cañones más potentes del mundo, sin reparar demasiado en que todavía andábamos por la Edad Media.

- ¡Bien por mi padre! –casi gritó Kevin, levantando los brazos con los puños cerrados.
- Estaba empeñado –prosiguió Yago- en que mi ejército se alzase de una vez por todas con la victoria final. Hasta él mismo se había cansado de darle siempre las de ganar a la inexpugnable ciudad de S. Benito.
- ¡Debió ser alucinante! –se le escapó a Kevin, entusiasmando con el relato.
- Después de varios días de peripecias bélicas -continuó Yago. La partida terminó con grandes festejos por la victoria, mientras en la plaza mayor tuvieron lugar las ejecuciones públicas de los traidores. Esta vez colgándolos de la horca.

Desde la ventana de la cocina, el padre de Kevin observaba complacido





lo a gusto que se encontraba su hijo inmerso en el espacio lúdico que él, hacía ya muchos años, había descubierto antes que nadie. Viendo que estaba a punto de caer la noche, golpeó el cristal con la yema del dedo índice y llamó la atención del niño que, en silencio, miraba atentamente a Yago.

Tal como lo habían acordado, a la primera insinuación, Kevin dio un salto y se dispuso a marchar. El abuelo los acompañó hasta los contenedores.

Al poner pie en el primer escalón de la puerta de casa, la madre, que ya los estaba esperando, salió a abrirles con expresión de cansancio. Los preparativos para el día siguiente habían sido agotadores, pero afortunadamente todo estaba controlado. Sin darles tiempo ni a respirar, mandó a Kevin al baño y al padre a que vaciase el lavavajillas y fuera poniendo la mesa.

Padre e hijo se sentían muy satisfechos por haber logrado su objetivo: que, a pesar de todo, mamá se fuera a la cama de buen humor.

III

HERMOSO DESPERTAR

El nerviosismo de Kevin era más que comprensible. En su casa, la víspera de los Reyes Magos se vivía a tope desde por la mañana: su familia pertenecía a la Asociación de Amigos de los Reyes Magos, su padre colaboraba en los trabajos previos a la cabalgata, él, desde muy pequeñito, todos los años iba en una de las carrozas del cortejo real, y su madre le confeccionaba los trajes. No era fácil averiguar a ciencia cierta quien de los tres disfrutaba más tirando caramelos a diestro y siniestro, hasta terminar participando en la cena real, completamente rendido pero inmensamente feliz.

Aquella noche, siguiendo la costumbre, Kevin quiso cambiar las últimas impresiones con Yago antes de meterse en la cama. El cuerpo le pedía compartir con su amigo lo mucho que disfrutarían al día siguiente los dos juntos.

Empezó a buscarse en los bolsillos del pantalón, del chaquetón y hasta de la camisa ¡No podía ser...!. Sin saber por qué revolvió hasta los cajones del comodín y Yago no aparecía por ninguna parte. Su amigo inseparable se había perdido.





En un primer momento el chiquillo se preocupó pero, muy pronto, repasando mentalmente los momentos en que mantuvo contacto con Yago, terminó en el patio del abuelo. A partir de ahí no recordaba nada más al respecto. Por el momento, ante la imposibilidad de encontrarlo, Kevin se dijo a sí mismo para tranquilizarse:

- No es posible que se me haya perdido. Como suele decir el abuelo, andará extraviado, que es muy distinto ¡Mañana será otro día!

Precisamente aquel año, la casualidad – según Kevin- haría posible que los dos amigos tuvieran una ilusión muy especial por ir en la cabalgata.

El capricho del destino -así lo creía Kevin- había querido que él fuera vestido exactamente como Yago. El pequeño ignoraba lo mucho que había tenido que ver la complicidad de su padre en el diseño de la carroza y en la elección del disfraz.

Así las cosas, a este chaval tan despierto, en el momento de acostarse, no le quedaba otra alternativa que la de aferrarse a la seguridad de que Yago aparecería

pronto. Los Reyes no iban a permitir que a Kevin se le estropeará la cabalgata en la que esperaba disfrutar más que nunca.

Acunado en estos pensamientos, el que ya tenía colgada en un perchero la ropa de soldadito de vivos colores, se durmió con un leve sentimiento de culpabilidad: por su mala cabeza, el bueno de Yago pasaría la noche al raso, en el patio del abuelo.

A pesar de las sucesivas derrotas, el rey Yago, continuaba empeñado en ensanchar las fronteras de su reino, apoyado en un ejército que fuera invencible. Los mejores capitanes le admiraban por su fortaleza frente a las contrariedades aparentemente insuperables.

En ese sentido, desde la última derrota del ejército de Aragón, el rey Yago había logrado hacer grandes progresos en el rearme de sus tropas. Ahora le impulsaba un nuevo empeño: rescatar al caballero Kevin, su amigo y hombre de confianza, que el rey de San Benito había apresado sirviéndose de dos aragoneses traidores.

Desde la última derrota de Aragón, el caballero Kevin permanecía encerrado en una lóbrega mazmorra,





a la espera de un destino incierto. Pero la guerra no volvió a reanudarse hasta que la modernísima artillería de Aragón pudo hacer frente a las formidables defensas de San Benito. El rey Yago estaba decidido a llevar al enemigo hasta la derrota total.

Llegado el momento de la victoria, la primera condición que puso el rey de Aragón para dar por finalizado el conflicto fronterizo, fue la de recuperar sano y salvo a su amigo el caballero Kevin. Inmediatamente sacaron al preso de las mazmorras reales y le devolvieron sus prendas y atributos de nobleza.

El ilustre cautivo, completamente ajeno a lo que acontecía fuera, salió al patio de la fortaleza deslumbrado por la luz del sol. Mientras se protegía los ojos con la mano preguntaba una y otra vez:

- ¿A dónde me lleváis? ¿Qué será de mí ahora?
- Señor, todo anda revuelto, nosotros nos limitamos a cumplir órdenes –decían los guardianes-. Otros serán quienes muy pronto decidan vuestro destino final.

Revestido de su dignidad caballeresca, el noble Kevin fue escoltado hasta el salón del trono, donde esperaba oír su sentencia definitiva. Por un instante creyó estar alucinando. Desde la puerta descubrió que en el trono no estaba sentado el rey de S. Benito, sino su amigo, el rey Yago, que se levantó y salió a su encuentro. Los dos amigos, frente a frente en el centro del salón, se fundieron en un abrazo.

Yago de Aragón hizo sentar al caballero Kevin a su derecha. Delante de los hombres más poderosos de su reino, le nombró virrey del territorio conquistado y le ofreció la mano de su hermana Doña Sol, de la que el caballero estaba enamorado desde que los tres, siendo niños, jugaban al escondite en los jardines de palacio.

Por fin amaneció el día cinco de enero y, con él llegó la esperada víspera de Reyes. Un clima de fiesta mayor circulaba por el pasillo de la casa de Kevin desde que, muy tempranito, empezó a repicar el timbre del despertador.

La madre se levantó la primera quitando cosas de en medio y poniendo una lavadora. Al padre le tocó hacer la cama y preparar el desayuno.





Cuando el olor a café y pan tostado subía hasta los dormitorios, la madre, todavía en batín, entró en el cuarto de Kevin y puso sobre la mesita de noche el soldadito que encontró en el bolsillo de atrás del pantalón sucio. Se detuvo por un instante a contemplar a su hijo que dormía plácidamente. Lo despertó con un sonoro beso. Acariciándolo suavemente le decía:

- ¡Venga, chiquillo!, que tenemos muchas cosas que hacer. Hoy no podemos dormirnos ni un instante si queremos estar a tiempo para la cabalgata.

Kevin correspondió al saludo de la madre con el rostro iluminado de alegría. Llevaba meses esperando aquel despertar. Sin venir a cuento, dio un brinco y se puso a saltar en la cama. Había descubierto con alborozo que Yago estaba sobre la mesita, junto al vaso de agua, y por tanto no estaba perdido.

La madre extrañada por el alboroto exclamó:

- Kevin, hijo, contente un poco ¿Se puede saber que bicho te ha picado hoy?

- Ni te lo imaginas, mamá. He vivido en sueños una aventura parecida a la que Yago me estuvo contando ayer tarde en el patio del abuelo.
- No será para tanto –contestó la madre.
- ¡Qué sabrás tú, mamá! Él y yo éramos dos soldaditos iguales y “como en los cuentos” nos hicimos amigos inseparables.
- ¡Anda hijo, déjate ya de tantas tonterías! Una cosa te voy a decir en serio: o empiezas a jugar a otras cosas con el soldadito, o voy a ser yo la que lo quite de en medio. Estamos arreglados ¡Encima me comprometí gustosa a coserte el traje! Desde luego... ¡Tu padre y tu abuelo tienen toda culpa de esto!
- Tienes mucha razón, mamá –respondió el niño dejando de saltar para no irritarla.

Luego se acercó disimuladamente a Yago y le dijo al oído:

- Amigo, tú tranquilo. No eches demasiada cuenta de los mayores. Les inquieta hasta la desazón escuchar el eco del niño que fueron un día y que, quieran o no quieran, siempre irá con ellos a todas partes.

FIN

Dedicatoria:

A las personas que me ayudaron a terminar lo comenzado: mi esposa Mari Carmen, mi hijo Santi y mi primo Miguel Ángel.

Este cuento se acabó de imprimir el 6 de diciembre de 2015, Día de la Constitución Española, cuando falta un mes justo para la Epifanía del Señor, festividad de los Reyes Magos.



AUTOR DEL CUENTO:

Francisco López Pérez nació en Alcalá de Guadaíra, en la casa de vecinos del antiguo número 100 de la calle Bailén, el 18 de abril de 1949. Fue bautizado dos semanas después (el 3 de mayo) en la parroquia de S. Sebastián. Los primeros pasos, las primeras palabras y las primeras ideas tuvieron para él un escenario muy particular: la aldea de Gandul.

Quiso ser cura, se hizo maestro y acabó licenciado en Historia por la Hispalense de Sevilla, sin dejar en ningún momento la escuela. Ha llegado a la jubilación manteniendo la costumbre de aprender de todo aquel con el que emprenda una conversación ya sea maestro, alumno, amigo, vecino o forastero.



AUTOR DE LAS ILUSTRACIONES:

Miguel Ángel Márquez Pérez nació en Alcalá de Guadaíra, el 19 de noviembre de 1964. De pequeño, la plastilina, el barro y por último los pinceles fueron sus juguetes preferidos. En su casa le rodeaban los cuadros y los dibujos realizados por su padre, Manuel Márquez.

Del Colegio S. Mateo pasó al Instituto Cristóbal de Monroy. Terminó matriculándose en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios de Sevilla. Su incorporación al mundo laboral tuvo lugar en el taller de cerámica de Alejandro Rivera, en Sevilla. Más tarde, ya como oficial de primera, pasó

al taller de cerámica del trianero Rafal Castaño Campos, en Alcalá de Guadaíra.

En sus años de madurez dejó la cerámica para dedicarse exclusivamente a la pintura de caballete, siguiendo la tradición paisajística alcalaíña. Se considera discípulo de su maestro y amigo Paco Barranco.

A Miguel Ángel Márquez le gusta destacar entre su extensa producción, las obras que ya forman parte del patrimonio de varias parroquias alcalaíñas: el cuadro de Ánimas Benditas del Purgatorio, en la parroquia de Sebastian, los cuadros del columbario de la parroquia de Santiago y el mural de la capilla penitencial de la parroquia de Santa María y S. Miguel.



Patrocinan:



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra
CULTURA
FIESTAS MAYORES



GUADAMARO, S.L.
Agencia de Seguros
José Enrique Marín Caro
La Plata, 17-19, Local A
95 568 13 12

reinventando / los seguros